

EL MERCURIO

Santiago de Chile, domingo 15 de enero de 2006, actualizado a las 7:10 hrs.

Secciones	Inicio	Revistas	Clasificados	Ediciones Anteriores	BuscAvisos
Editorial	ARTES Y LETRAS				
Nacional	Domingo 15 de enero de 2006				
Claves	Opinión				
Internacional	Nacidos o elegidos				
Economía y Negocios	José Joaquín Brunner				
Deportes	<hr/>				
Vida Social	<hr/>				
Actividad Cultural	<hr/>				
Espectáculos	<hr/>				
Internet	<hr/>				
Ciencia y Tecnología	<hr/>				
Vida y Salud	<hr/>				
Página del Lector	<hr/>				
Reportajes	<hr/>				
Artes y Letras	<hr/>				
Noticias en fotos	<hr/>				
Opinión	<hr/>				
Página editorial	<hr/>				
Cartas al Director	<hr/>				
Foros	<hr/>				
Encuestas	<hr/>				
Otros Servicios	<hr/>				
El Tiempo	<hr/>				
Defunciones	<hr/>				
Ediciones anteriores	<hr/>				
Puzzle	<hr/>				
Imagen portada	<hr/>				
Suscripciones	<hr/>				
Empleos	<hr/>				
Productos especiales	<hr/>				
Contratar publicidad	<hr/>				
Club de Lectores	<hr/>				
Clase Ejecutiva	<hr/>				
El Mercurio - Aguilar	<hr/>				
Alternativas	<hr/>				
Académicas	<hr/>				

Opinión

Nacidos o elegidos

José Joaquín Brunner

JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER

En sociedades muy simples y primitivas quienes controlan el poder controlan también el acceso a los bienes materiales más valorados, el gobierno de los súbditos, la definición del buen gusto, los canales de comunicación, las tecnologías del conocimiento y la relación con los dioses. En ellas, los atributos de la excelencia se encuentran monopolizados por un solo grupo. Sólo sus miembros se proclaman y reconocen como portadores del mando y la virtud; árbitros de la belleza y la moral; dispensadores de oportunidades y sanciones. No es raro, por tanto, que tengan de sí mismos una imagen exaltada. Son, por atribución social, los individuos inteligentes, exitosos, enérgicos y eficaces. Tanto así que de ellos solía decirse que eran los elegidos de los dioses. En las sociedades contemporáneas, por el contrario, las fuentes del poder, la riqueza, el conocimiento, la moral y la belleza se hallan ampliamente distribuidas. Operan como sistemas (más o menos) separados, cada uno de acuerdo a su propia racionalidad, modos de evaluación y formas de legitimación. Por oposición a las sociedades monistas de antaño, las nuestras son, o aspiran a ser, pluralistas.

Hay una variedad de jerarquías, las tradiciones son débiles y necesitan ser argumentadas en público, las formas morales virtuosas son múltiples y no excluyentes, los medios de control e influencia aumentan y se diferencian, los canales de comunicación se vuelven más porosos y flexibles. Por eso, nuestras sociedades no toleran fácilmente que el poder político, económico, cultural y moral se concentre en un solo grupo. Rechazan la idea de que las virtudes o la inteligencia o el mérito se encuentran asociados al género (masculino), al éxito (económico), al nacimiento (en una clase o grupo étnico), a una determinada ideología o creencia religiosa. Más bien, los agentes individuales se conciben a sí mismos (al menos en el terreno moral) como iguales en dignidad y derechos y reclaman para sí un reconocimiento como tales e iguales oportunidades para demostrar sus talentos y acceder a ocupaciones y cargos. En esta combinación de principios-pluralismo de las formas de vida, igualdad de oportunidades para acceder a atributos valorados y rechazo de toda pretensión adscriptiva-se expresa el ethos moderno. Éste repudia insinuaciones tales como que existirían personas que -usando la odiosa metáfora de la plaza-"no dan el ancho" o "no tienen dedos para el piano", precisamente por no pertenecer a una determinada clase o carecer de los atributos de género o no compartir las creencias que se supone son atributos privativos de los llamados a mandar.

En esto consiste el principio democrático moderno. En distinguir y separar la autoridad de la jerarquía social; las oportunidades de la herencia; el mérito de

HEF

✉

📄

Ser

Su:

Sus

Mer

acc

des

Inf

Toc

put

Mer

Clu

Cor

que

mo

la adscripción; la representación de la propiedad; los negocios de la política; los valores privados de los bienes públicos. Repugna a este principio la insinuación de que hay personas por naturaleza inferiores y superiores; llamadas a mandar y a obedecer; dignas e indignas de ocupar un cargo; virtuosas y carentes de valores. Pedir a una sociedad en tren (rápido) de asumir su carácter pluralista que se deje conducir por quienes habrían nacido para hacerlo (como ocurría en sociedades muy simples y primitivas) no parece ser un argumento convincente.

¿O sí lo es?

Términos y Condiciones de la información
© El Mercurio S.A.P

▪